

AL sobrevenir el cuarto aniversario de la muerte del general

MIRANDO HACIA ATRAS SIN MIEDO

Franco pueden detectarse un hecho y varias actitudes ante su memoria. Lo cómodo —y cobarde— sería encubrir de silencio la conmemoración y entregársela a la nostalgia y al vituperio de los extremistas. Pero un intelectual comprometido con su tiempo tiene el deber profesional de afrontar ese hecho; y de analizar esas actitudes.

El hecho consiste, ante todo, en que la memoria de Franco permanece viva en toda la nación; y más en las amplísimas capas sociales configuradas precisamente durante el franquismo y que cuando Franco desaparecía fueron descritas atinadamente como *franquismo sociológico*. El hecho consiste, además, en que la misma opinión pública que rechazaba en 1975-77, elecciones inclusive, la politización negativa o positiva de la memoria de Franco, y decidía silenciosamente, masivamente, lúcidamente, que Franco estaba mucho más en la Historia que en la política, muestra hoy, a fines de 1979, dos variaciones importantes respecto a aquella posición inicial: primero, simplificar, concentrar la memoria de Franco y la trayectoria del franquismo para extraer una resultante mucho más positiva de la que podía derivarse de los años finales, la degradación del franquismo; segundo, comparar cada vez con menos rebozos la situación actual de las clases medias —configuradas en su actual amplitud, insisto, durante los mejores años de Franco— y expresar cada vez con más resonancia la frase que empezó como ocurrencia nostálgica y puede convertirse en clamor nacional: «Con Franco vivíamos mejor.»

Guste o no guste, éste es el hecho. Y sobre el hecho, las cuatro actitudes.

Primera actitud: la de los nostálgicos del franquismo, que han evolucionado muchísimo desde el tremendismo testimonial hasta un encuadramiento fascista clásico, definición para la que suplico, ante todo, una comprensión elemental: ya que desde el Sábado «Santo» de 1977 la palabra *comunismo* es entre nosotros una descripción legal y no una denuncia, que el término *fascismo* deje de ser también un insulto para interpretarse como lo que es: una etiqueta política que en España, al revés que en Italia, es plenamente legal. Porque si nuestro bendito consenso acepta oficialmente que el comunismo es, entre nosotros, democrático, negar capacidad democrática al fascismo sería una estupidez no mayor pero sí discriminatoria. Dos apuntes marginales aclararán algo las cosas: primero, don Blas Piñar, el principal líder del fascismo español, ha logrado un escaño en el Congreso de 1979, mientras su predecesor don José Antonio Primo de Rivera quedó muy lejos del escaño para el Congreso de 1936, a pesar de que la hostilidad de la derecha española oficiosa contra el señor Piñar en 1979 ha sido mayor que la demostrada por esa misma derecha contra el señor Primo de Rivera; segundo, el cartel más sugestivo de la transición no ha nacido de la técnica publi-

citaria americana que inspira (creo que por igual) a UCD y al PSOE; ni del dinero soviético que, con imaginación moscovita típica, cubre misteriosamente las calles de toda España en favor de ese Movimiento Comunista sin militantes conocidos; ni de los enemigos de Coalición Democrática que evidentemente inspiraron la campaña de Coalición Democrática, sino de unos muchachos identificados como Fuerza Joven que reclaman el dolor y el honor de empezar todo de nuevo y piden al viadante que, antes de criticarles, les conozca. ¿Qué está pasando? Sencillamente que en España, la única nación de Europa donde no había existido prácticamente el fascismo (aunque el rebaño intelectual comunista sigue empeñado en identificar como fascismo a los años de Franco), ahora apunta por primera vez el fascismo; que ya es una presencia increíblemente arraigada y que si se mantienen las actuales condiciones de crisis total, puede convertirse en un auténtico alud en los próximos años. Insisto: España es una nación con experiencia profunda, mucho más profunda de lo que Santiago Carrillo pretende hacer olvidar, del comunismo; por eso ha fracasado el referéndum en Cataluña. Pero aunque muchos españoles rechazarían el nombre, España, gracias entre otras cosas a Franco, no ha tenido una experiencia nacional directa del fascismo, y por eso el fascismo inédito puede convertirse, si sigue la crisis, en una enorme esperanza imprevista para millones de españoles en cuanto lo que todavía es hoy en gran parte extrema derecha aberrante logre imponerse un mínimo de racionalidad en sus simplificaciones. Lo ha hecho el comunismo; lo puede hacer el fascismo: lo va a hacer.

Segunda actitud: el irracional rechazo revanchista de la izquierda. En cuatro años de libertad prácticamente total, la izquierda no ha publicado una sola biografía de Franco (aunque sí una de Suárez), ni una historia del franquismo, ni un análisis sectorial importante, ni un solo estudio teórico que se tenga de pie sobre el franquismo; si algún editor masoquista quisiera reunir la antología de textos sobre el Antiguo Régimen proferridos por la izquierda en el Parlamento de la transición, el resultado, aparte un fra-

caso de ventas, sería desolador para quienes necesitamos, desde el bando

opuesto, una izquierda intelectual e históricamente responsable. Se han arrancado, sí, muchos rótulos callejeros; han emigrado casi todas las estatuas. Menos mal que la última versión del «Con Franco vivíamos mejor» aplicada, por cierto, a la Seguridad Social, acaba de pronunciarse ante un grupo selecto de periodistas un esperanzador político de la izquierda española llamado Felipe González.

Pero la jubilación de estatuas tiene algo que ver con la tercera actitud: la de bastantes miembros de la clase política evolucionada desde el franquismo sociológico al franquismo vergonzante; que se pintan, como falsos lunares, curiosos síntomas de antifranquismo tardío o tratan de cubrirse con prematuros disfraces de oposición histórica después de haber disfrutado, personalmente o familiarmente, del poder y la gloria del Régimen anterior. Otros colegas no fueron franquistas, como anticipaba genialmente Dionisio Ridruejo, porque no llegaron a tiempo; aquéllos, vive Dios, sí que llegaron y ahora, para seguir mendigando los certificados de pureza democrática extendidos por la izquierda, no sólo niegan lo que fueron sino hasta lo que no fueron.

Me interesa mucho más la cuarta actitud: la de ese todavía inmerso sector de la sociedad española a la que el mismo Ridruejo llamó *el macizo de la raza*; que, si bien algunos dirigentes de UCD no lo comprenden, nutre hoy por igual las filas de UCD y los vacíos de la abstención creciente: tan creciente que una de las reclamaciones que tendremos que formular los historiadores de la transición a los políticos de la transición será la verdadera estadística de los últimos, y de los venideros, referenda autonómicos. Esos hombres, mujeres y jóvenes, que han convertido a Fernando Vizcaino Casas, pese a la rabieta crónica del precitado rebaño, en el autor más leído de nuestro tiempo (gran diario el tuyo, por cierto, Fernando). Esos españoles que valoran a fondo lo que supuso para la Historia y la vida de España la transformación inmensa lograda por España durante el franquismo, pero que no pretenden ahora regresar a la dictadura porque fueron ellos, y no la izquierda, la fuerza histórica que hizo posible la reforma. Esos millones de españoles que comprenden cada día menos los enconos y los vetos personales de sus dirigentes; que desean por igual la consolidación de UCD y la aparición de esa derecha democrática que siempre encontró sus líderes. —O'Donnell, Cánovas, Maura, Gil Robles— y ahora los busca desesperadamente. Tanto que la transición no terminará —aunque se apruebe el Estatuto de la región Cantábrica— hasta que culmine esa búsqueda; hasta que en las Cortes españolas haya por lo menos cincuenta diputados de la derecha democrática; hasta que la sombra de Charles de Gaulle explique a los artífices de la transición quién es de verdad Giscard, quién era de verdad Pompidou.

Ricardo de la CIERVA